

FE, HISTORIA Y TRADICION

Fe e Historia.

«La primera posición se refiere, como ya otra vez dijimos, a la complementariedad de los dos términos: fe e historia, entendida ésta como promoción humana, si bien, como abanderados del Evangelio que somos y todos debemos ser, hemos de reconocer en el binomio fe e historia, una prioridad a la fe: por su dignidad, por su necesidad y, podemos decir, como ha dicho el Señor, por su utilidad; repetimos: «Buscad, pues, primero el reino (de Dios) y su justicia, y todo eso (lo necesario a la vida temporal) se os dará por añadidura» (Mt., 6, 33).

Segunda proposición, hoy la más difícil pero no por esto menos verdadera y necesaria: la verdad de la fe, en su auténtica y autorizada expresión, no cambia con el tiempo, no se desgasta a lo largo de la historia; podrá admitir, es más, exigir una vitalidad pedagógica y pastoral de lenguaje trazando así una línea de desarrollo, con tal de que sea según la conocidísima sentencia tradicional de San Vincenzo di Lérins (pequeña isla frente a Cannes, en la Galia meridional, monje del siglo V, el cual en su breve pero célebre obra El Commonitorium, defendió la tradición doctrinal de la Iglesia con la fórmula: quod ubique, quod semper, quod ab omnibus («lo que en todas partes, siempre y por todos») ha sido creído, debe ser considerado como parte del depósito de la fe. Nada de libre invención, nada de modernismo, nada que dé a la fe una interpretación extraña a la del Magisterio de la Iglesia. Esta firmeza dogmática defiende el patrimonio auténtico de la Revelación, es decir, de la religión católica. El «credo» no cambia, no envejece, no se diluye (cf. Denz.-Sch., 3020).

Pero he aquí una tercera proposición: si la fe es verdad, puede ser meditada (cf. Lc., 2, 19 y 51) y tener un desarrollo intrínseco y coherente que «como el escriba instruido del Evangelio» con autoridad paterna «de su tesoro saca lo nuevo y lo añejo» (Mt., 13, 52). Es decir, la doctrina revelada, fijada en su inequívoco contenido, puede tener alguna explicación que sólo quien ha recibido de Cristo la autoridad del Magisterio puede autentificar. Es

"la tesis de Newman: de una misma verdad se puede deducir una determinada conclusión que haga explícita una doctrina ya contenida en el tesoro de la fe (cf. An essay on the development of christian doctrine, escrito antes de su conversión y, luego, retocado por él sin alterar la tesis central). Esta es la misión de la Iglesia docente: defender la doctrina revelada, dar respuesta a las dificultades y a los errores que la historia suscita respecto de la fe y descubrir en su tesoro verdades escondidas que en el proceso de su espiritual experiencia y en su casuística de los tiempos reclaman un testimonio nuevo.

"En esto, la discusión de la Iglesia respecto a expresiones dudosas y equivocadas del pensamiento moderno, ha tenido expresiones muy claras y vigorosas que si han puesto un dique a la doctrina católica (cf. Denz.-Sch., 3475-3500) no la han hecho inhábil para hablar de la verdad cristiana, es más, la han estimulado: non nova sed noviter».

PAULO VI: Catequesis en la audiencia general del miércoles, 29 de septiembre de 1976 (original italiano «O. R.», edición semanal en lengua española, año VII, núm. 40 (405), domingo 3 de octubre.

El primado del reino de Dios y la Historia.

«Como cada uno puede ver, es ésta una posición problemática de sumo interés. Considerada en términos absolutos puede ser cuestión de vida o muerte para la religión, para la fe y también para la humanidad; el ateísmo moderno, ya sea práctico o teórico, ha dado ya una respuesta negativa a la que mucha gente se adhiere y con frecuencia pasivamente, a ojos cerrados, llegando a decir casi que, sofocada la fe en la mentalidad de las nuevas generaciones, el hombre goza de una liberación sin trabas de escrúpulos religiosos, sin reflexionar suficientemente en cuál podrá ser el camino de ese mismo hombre cegado por la privación de las grandes verdades orientadoras que la fe le ofrecía, o peor todavía, por la renuncia a la propia facultad visual sobre las grandes cuestiones de la existencia tanto del mundo como de la vida humana. ¿No tiene la fe, acaso, sus propios ojos? Nos lo recuerda San Agustín: «Habet oculos fides, et maiores oculos, et potentiores et fortiores» (En. in Ps., 145, PL, XXXVII, 1897).

".....
"Leemos de nuevo una página memorable y maravillosa de la

*"Encíclica Immortale Dei, de León XIII (1 de noviembre de 1885),
"en la que afirma y casi se descubre cómo la búsqueda del reino de
"Dios produce efectos, casi involuntarios, pero consiguientemente
"provenientes de ella, hasta para el reino temporal.*

*"«La Iglesia, obra inmortal del misericordioso Dios, si bien por
"su propia naturaleza mira directamente a la salvación de las almas
"y a la eterna felicidad del cielo, a pesar de ello también en el orden
"temporal aporta tales y tantas ventajas que más y mayores no se
"podrían obtener si estuviese destinada directamente y, sobre todo,
"a procurar la prosperidad de la vida presente. En efecto, allí donde
"pudo poner su pie, cambió inmediatamente el aspecto de las cosas
"y amoldó las costumbres de los pueblos a virtudes hasta entonces
"desconocidas y a una nueva civilización; por lo que aquellos que
"la acogieron se hicieron superiores a los demás por su carácter be-
"nigno, por su equidad y por el resplandor de sus empresas. Así,
"pues, es bastante vieja la injuriosa acusación que se hace a la Igle-
"sia de ser enemiga de los intereses civiles e incapaz de promover
"efectivamente aquellas condiciones de bienestar y de gloria a los
"que tiene justo derecho y a los que tiende, por aspiración natural,
"toda bien ordenada sociedad» (Immortale Dei, 1).*

*"Hemos dicho que se trata de efectos involuntarios, pero no es
"exacto. Son efectos previstos, queridos, buscados con sabiduría, con
"constancia y con espíritu de sacrificio y de amor. El Evangelio es
"el que nos lo enseña cuando resume el código de los mandamientos
"religiosos y morales en el doble compromiso de amar a Dios sobre
"todas las cosas y con todo el corazón, y amar al prójimo como a
"nosotros mismos» (Mt., 22, 36-40).*

PAULO VI: Catequesis en la audiencia general del miércoles 6 de octubre de 1976 (original italiano «O. R.», edición semanal en lengua española, año VII, núm. 41 (406), domingo, 10 de octubre de 1976).

La tradición en la Iglesia, fidelidad a cuanto los siglos pasados nos han transmitido, frente a la inconsciencia del espíritu revolucionario que cree poder comenzar desde cero la obra salvadora y una nueva civilización.

*«... para nosotros se trata, no ya de construir la Iglesia, sino de
"reconstruir, a menos que no nos consideremos en el campo misio-
"nero donde la implantación, la plantatio de la Iglesia debe comen-
"zar desde el primer anuncio del Evangelio (cf. Ad gentes, 3).*

"Pero nosotros, en los países de antigua formación cristiana, be-
 "mos de tener muy en cuenta un factor indispensable en la cues-
 "rion de la construcción de la Iglesia, y es la tradición, es el trabajo
 "realizado a través de los siglos por aquellos que nos han precedido
 "en la edificación de la Iglesia. Nosotros somos herederos, somos
 "continuadores de una obra precedente; debemos tener el sentido de
 "la historia y crear en nosotros el espíritu de fidelidad, humilde y
 "afortunada, a cuanto los siglos pasados nos han transmitido vivo y
 "auténtico en la formación del Cuerpo místico de Cristo. Debemos
 "defendernos de la inconsciencia del espíritu revolucionario propio
 "de tanta gente de nuestro tiempo que todo lo ignora, o quiere ig-
 "norar, el trabajo realizado por las precedentes generaciones, y cree
 "poder iniciar la obra salvadora de la humanidad rechazando todo
 "cuanto la experiencia —confirmada por un Magisterio de coheren-
 "cia y autenticidad— nos ha conservado, comenzando desde cero la
 "empresa de una nueva civilización. Nosotros somos sabiamente con-
 "servadores y continuadores y no debemos temer que esta doble cali-
 "ficación —rectamente entendida— prive a la obra actual de su vi-
 "vacidad y genialidad».

PAULO VI: Catequesis en la audiencia general del miércoles 14 de julio de 1976 (original italiano «O. R.», edición semanal en lengua española, año VII, núm. 29 (394), domingo 18 de julio de 1976).

Teología de la tradición.

«... Dice el Señor en su Evangelio: «Todo escriba instruido en
 "la doctrina del reino de los cielos es semejante a un padre de fami-
 "lia que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas antiguas» (Mat., 13,
 "52). Habría mucho que decir sobre esta breve parábola, que hace
 "de la enseñanza sobre los destinos superiores del hombre sintetiza-
 "dos en el «reino de los cielos», una pedagogía paternal y familiar
 "y la califica de tesoro inagotable, cual es de la verdad religiosa ex-
 "puesta por el mismo Cristo, y de la que se sacan enseñanzas nuevas
 "y antiguas: Nova et vetera. Detengámonos en esta bien conocida
 "expresión, en la que se condensa la solución al problema de las re-
 "laciones entre nuestro conocimiento religioso y la historia; y la so-
 "lución tiene un nombre que encierra un capítulo importante de
 "nuestra fe y nuestra cultura religiosa; este nombre es, lo sabéis ya,
 "la tradición».

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 7 de agosto de 1974 (original italiano «O. R.», del 8 de agosto de 1974; traducción de *Ecclesia* núm. 1.705 del 31 de agosto).

La tradición en el mundo religioso.

«Así, pues, nosotros creyentes tenemos la mirada fija en el pasado, un pasado determinado, histórico e imborrable: «La economía cristiana, pues, dice el Concilio (Constitución Dogmática Dei Verbum, 4), por el hecho de ser la alianza nueva y definitiva jamás pasará y no debe esperarse una nueva revelación pública antes de la manifestación gloriosa de Nuestro Señor Jesucristo» (cfr. I Tim., 6,14; Tit., 2, 13).

«Afortunadamente, estamos sostenidos por una «tradición».

«Aquí deberíamos explicar qué entendemos por tradición en el mundo religioso; ya en sentido constitutivo, en cuanto que junto con la Sagrada Escritura contiene la revelación; ya en sentido de transmisión auténtica y garantizada de la misma revelación, por la asistencia del Espíritu Santo a través del magisterio de la Iglesia.

«La tradición auténtica es una raíz, no una atadura; es un patrimonio insustituible, un alimento, un recurso, una coherencia vital. Pero no es labor fácil ni breve descubrir cuál es este tesoro del que el cristiano sabio saca, según nos enseña el Señor, las cosas antiguas y las nuevas; se necesita expresamente una carisma especial, el magisterio eclesiástico, al que está asegurado, especialmente en momentos decisivos, la asistencia del «Espíritu de verdad» (Juan, 14,17; 16,13); el magisterio tendrá la misión de enseñar, de guardar, de interpretar la doctrina de la fe y de concretar sus aplicaciones a la vida vivida (cfr. Denz-Sch., 1501, 3006; Constitución «Dei Verbum», 8, 10).

«Las posibles desviaciones en este campo, como es sabido, son principalmente dos: la primera es la que restringe solamente a la Sagrada Escritura el ámbito de la fe, cuando se sabe que la misma Sagrada Escritura nació de la enseñanza oral, de la Tradición de la Iglesia primitiva, y la segunda es la que pretende dar a la fe cristiana una interpretación propia, original, arbitraria, un «libre examen» que se desentiende de las enseñanzas de quien tiene la obligación de «guardar el depósito» (I Tim., 6, 20) y de «evitar, como recomienda San Pablo, las novedades profanas de expresiones y las contradicciones de la falsa ciencia» (Ibid., I Tim., 1, 6).

PAULO VI: Alocución en la audiencia general del miércoles 7 de agosto de 1974 (original italiano «O. R.», del 8 de agosto de 1974; traducción de *Ecclēsia* núm. 1.705 del 31 de agosto).

Qué significa la tradición de la Iglesia.

«Muchas y graves observaciones se agolpan en nuestro espíritu. "La primera en forma de pregunta corriente y superficial: ¿Es vieja "la Iglesia? ¿Acaso el tiempo ha impregnado en su rostro «alguna "mancha, alguna arruga o alguna cosa parecida», a lo que alude San "Pablo, al hablar justamente de la Iglesia, que, como Esposa de Cris- "to, debe compadecer ante El, como en belleza juvenil, «santa e in- "maculada»? (cfr. Efes., 5, 25-27). La relación de toda institución "humana con el tiempo es necesaria: de vida y de muerte; medida "por la eficiencia y por la duración la primera, desastrosa y perenne "la segunda. ¿Será éste el destino reservado a la Iglesia? Y, si ésta "sobrevive todavía, ¿no será anacrónica su existencia? ¿No está su- "perada su forma de vida? Y para darle de nuevo actualidad, ¿no ha "llegado el momento de un cambio radical y total, que altere sus "dogmas y sus estructuras? Por otro lado, ¿no debe la Iglesia encon- "trar su razón de vida en el conformismo con las costumbres de los "tiempos? ¿Cómo puede el mundo moderno obtener sabiduría y vi- "gor de un organismo constantemente frenado por una tradición exi- "gente?

"Tradición; he aquí la palabra clave, que, mientras pretende en- "cerrar a la Iglesia en su sepulcro, nos abre, por el contrario, si es "bien entendida, el secreto de su misteriosa vitalidad. La Iglesia, aun- "que encarnada en la Historia, no es una institución humana cual- "quiera ni, en consecuencia, se puede medir su vida con el metro "apto y adecuado a las cosas puramente terrenas. La tradición es para "la Iglesia razón de vida y coherente raíz, la cual se alimenta en la "fuente original de su historia y divina institución, en el depósito "auténtico de su doctrina sobrenatural, que transmite exacto, vital y "fecundo, como savia que se esparce por las hojas de un árbol vivo, "cada vez más vivo, a través de las sucesivas edades, para una pri- "mavera siempre inmanente y posible.

"La tradición es garante de la fidelidad de la Iglesia, de su bis- "toria que no envejece, de su perenne juventud que, alimentada por "un constante recurso a los propios orígenes, avanza impávida, lu- "chando y sufriendo a través de los siglos, en la espera escatológica "felizmente resolutiva.

"Ojalá puedan experimentar esto tantas beneméritas y venera- "bles instituciones eclesiales que, frente a las cambiantes situaciones "de los tiempos, sienten la tentación de la duda acerca de su propia

"identidad, y ojalá pueda asimismo toda la Santa Iglesia tener conciencia de sí misma, o mejor de aquella promesa última de Cristo, que desafía la usura devoradora del tiempo: «Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos» (Mt., 28, 20).

PAULO VI: Alocución al Sacro Colegio Cardenalicio (original italiano, «O. R.», 23-24 de diciembre de 1974, traducción de *Ecclesia*, núm. 1.724 del 18 de enero de 1975).

No se puede pretender que el Magisterio eclesiástico sea más flexible, ni dócil a la historia, ni relativo a la moda, ni más pluralista, ni más libre, ni subjetivista, sino vinculado a las formulaciones de un magisterio tradicional que se apoya en una doctrina revelada y ha de ser, lógicamente, coherente con el "depósito" doctrinal confiado, al que debe fidelidad y firmeza.

«Esto, lo sabemos, es uno de los puntos fuertes de la cultura contemporánea y de la discusión ecuménica de nuestro tiempo; fuerte por la controversia que querría debilitar la solidez del Magisterio eclesiástico, que empalma con el apostólico; se querría que fuese más flexible, más dócil a la historia, más relativo según la moda del pensamiento, más pluralístico, más libre; es decir, guiado por criterios subjetivos e historicistas, y no vinculado a formulaciones de un Magisterio tradicional que se apela a una doctrina revelada y divina; y fuerte por la actitud histórica y lógicamente coherente con que la Iglesia de Pedro tutela el «depósito» doctrinal que se le ha confiado (cf. 1 Tim., 6, 20; 2 Tim., 1, 14): no es obstinación la suya, ni atraso, no es tampoco incomprensión de la evolución del pensamiento humano, es firmeza y fidelidad al pensamiento divino y, por tanto, verdad y vida también para nuestro tiempo.

PAULO VI: Homilía en la solemnidad de San Pedro y San Pablo, XIII aniversario de su coronación, 29 de junio de 1976, «O. R.», edición semanal en lengua española, año VIII, núm. 27 (392), domingo 4 de julio de 1976.

No hay fe auténtica fuera del Magisterio de la Iglesia con inserción viva en la Escritura y la Tradición de la que ella es depositaria.

«... ciertamente no hay fe auténtica fuera del Magisterio de la Iglesia, que por divina voluntad de Cristo propone e interpreta las

"verdades de fe, pidiendo a los hombres de todos los tiempos su
"maduro asentimiento. La grave responsabilidad de que hemos ha-
"blado requiere, por ello, esta inserción viva en la Escritura y en la
"Tradición, fuera de las cuales podrá haber oropel de brillantes dis-
"putas o fascinación de sofismas que producen la vanidad, la ostentación y la búsqueda del aplauso efímero, pero jamás la firmeza
"granítica de la verdad, confiada por el Divino Salvador a su Igle-
"sia. Las palabras de Pablo a Timoteo nada han perdido, incluso hoy,
"de su gravedad, que deben hacernos pensar: «Guarda el depósito;
"evita las conversaciones profanas y las objeciones de la ciencia hi-
"pocrita, en cuya profesión algunos han perdido la fe» (Tim., 6,
"20). De ordinario, nuestros hombres, nuestros jóvenes, no desean
"ciertamente sofistería de disquisiciones para iniciados, sino el ali-
"mento sólido de la palabra de Dios, la orientación segura para los
"grandes interrogantes de la existencia, las directrices pacificadoras
"para las decisiones de la vida moral, familiar y social. Por ello, os
"pido a vosotros coherencia y seguridad doctrinal, «aggiornamento»
"sólido y seguro, claridad de planteamiento y de ideas, dentro de una
"fidelidad absoluta al Magisterio».

PAULO VI: Alocución a los consiliarios eclesiásticos de la Acción Católica Italiana («O. R.» de 5 de julio de 1975, original italiano, traducción de *Ecclesia*, núm. 1.749 del 19 de julio.